

Publicación: **Archivo Español de Arqueología, núm. 78**
Autor: **Susana González Reyero**
Fecha aparición: **2005**

Etnología de la Península Ibérica

de Pere Bosch Gimpera, edición de Jordi Cortadella Morral, Uργοiti editores, Pamplona, 2003, CCXLIV + 660 páginas

Arqueología española

de José Ramón Mélida, edición de Margarita Díaz-Andreu, Uργοiti editores, Pamplona, 2004, CXCIX + 319 páginas

Dentro del sin duda creciente interés que la Historia de la Arqueología ha logrado despertar en nuestro país se enmarcan iniciativas especialmente afortunadas. Entre ellas ocupa un lugar especial la colección *Historiadores*, editada por Uργοiti (Pamplona) y dirigida por Ignacio Peiró Martín. La colección *Historiadores* intenta ofrecer instrumentos útiles para el conocimiento de la Historia de la Historiografía española contemporánea. Se trata de ediciones no facsimilares sino críticas. Para ello, cada libro ofrece, en primer lugar, un estudio preliminar realizado por un especialista, una investigación específica sobre el autor y su obra, desde su biografía crítica, a la recepción y repercusiones de su trabajo. A continuación se reedita la obra objeto de estudio, junto a una bibliografía completa del investigador y un índice onomástico y de materias.

Gracias a esta iniciativa se han publicado en los últimos años varias obras clásicas de nuestra historiografía. Recensionamos, a continuación, dos de ellas, la *Etnología de la Península Ibérica* de P. Bosch Gimpera, a cargo de Jordi Cortadella Morral y la *Arqueología española* de J. R. Mélida Alinari, en la edición de M. Díaz-Andreu. Ambas obras contribuyen a incorporar valiosos instrumentos de análisis, son necesarias e importantes en el panorama de una Historia de la Arqueología española en el que aún queda mucho camino por recorrer.

* * *

En una visión de los grandes arqueólogos españoles del s. XX la figura de P. Bosch Gimpera ocupa, sin duda, un lugar privilegiado. Con una trayectoria amplia, sus numerosas obras y aportaciones han merecido estudios y acercamientos múltiples, aportando también nueva documentación en los últimos años (Gracia, Fullola, Vilanova, 2002). La reedición de una de sus obras más significativas, la *Etnología de la Península Ibérica*, se ha realizado con un amplio estudio preliminar de Jordi Cortadella Morral.

Con el título *Historia de un libro que se sostenía por sí mismo: la Etnología de la Península Ibérica de Pere Bosch Gimpera*, J. Cortadella explica haber querido «buscar pautas de orientación que nos permitan comprender mejor su obra». Para ello ordena su estudio de forma «que el orden de las ideas se anteponga al orden cronológico de los hechos» (p. X). La consecuencia es una, creemos, acertada estructuración del estudio. En este sentido, dedica el primer apartado a analizar el impacto de la obra y su repercusión en la arqueología de la época y posterior. A continuación, examina las causas lejanas del libro, el catalanismo político y el Noucentisme, un contexto que conllevaría, con el tiempo, la obra de Bosch, culminación de la arqueología catalana del primer tercio del s. XX. En tercer lugar se analiza la causa inmediata del libro: el mecenazgo de Francesc Cambó y sus relaciones con Bosch Gimpera. El cuarto capítulo, está dedicado a un análisis detallado de P. Bosch Gimpera, de su formación, de sus actuaciones como arqueólogo y político en Cataluña y en los diferentes países en que transcurrió su exilio. En el quinto capítulo se examina la obra que se prologa, cada uno de los capítulos de la *Etnología*. Tras el consiguiente epílogo se abre una amplia bibliografía ordenada temáticamente (856 citas). Este apartado incluye también una serie de centros de documentación comentados por J. Cortadella que logran configurar un aparato documental de gran utilidad y que dan cuenta de la investigación profunda llevada a cabo por el autor.

El estudio preliminar a esta reedición tiene como objetivo explicar las características de la obra científica de Bosch dentro del contexto de la Arqueología de la primera mitad del s. XX. La *Etnología de la Península Ibérica* (1932) es comprensible, en primer lugar, dentro de la serie de publicaciones emprendidas por el catalanismo político. La obra de Bosch subrayaba que los restos prehistóricos revelaban una España diversa cuando, precisamente en 1932, se debatía en las Cortes el proyecto de estatuto de autonomía catalán (p. XI). La obra tuvo, por tanto, una muy buena acogida en Cataluña no sólo por motivos arqueológicos sino también por su «muy útil aportación al debate político» (p. XII). Por el contrario, la casi ausencia de reseñas en el resto de España se atribuye, al menos en parte, a M. Gómez-Moreno. El «olvido», por parte de Bosch, de la labor y estudios llevados a cabo por el granadino contribuyó a deteriorar la relación entre ambos (p. XIII, XV).

Al examinar la obra de P. Bosch Gimpera resulta básica su formación en Alemania, sus sucesivas estancias como becario de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. La aproximación de J. Cortadella permite comprender el estado de la ciencia alemana así como diferenciar quiénes fueron los investigadores alemanes de los que recibió una mayor influencia. Fueron, en gran parte, los responsables de que Bosch cambiara su inicial orientación hacia la filología por la arqueológica. Estos tres maestros fueron August Frickenhaus, Hubert Schmidt y Gustav Kossinna. En efecto, a partir de sus clases con Frickenhaus, Bosch parece comprender las posibilidades que se abren en España respecto al estudio de la Arqueología (p. XLVIII). De Schmidt aprendió, fundamentalmente, las técnicas de excavación, mientras que de Kossinna recibió sus teorías sobre la interpretación étnica de las culturas arqueológicas (p. LI). De estos maestros alemanes Bosch asimiló una metodología, pero también unos objetivos de la investigación que después iba a aplicar en Cataluña. Así, por ejemplo, la introducción de los mapas cartográficos o la interpretación étnica de los materiales arqueológicos por parte de Kossinna se basaba en la idea de Herder respecto a la indivisibilidad de los aspectos de la civilización en tanto que espíritu nacional (Volksgeist). Esta idea de la identificación de los rasgos del Volksgeist había enraizado también en el catalanismo político. Ampurias era, entonces, el mito noucentista de la Cataluña griega (p. XXXI).

En definitiva, Bosch aprendió en Alemania un bagaje teórico marcado por la escuela histórico-cultural alemana. El objetivo prioritario era rastrear el origen y difusión de las culturas antiguas a través de su cultura material. Y aprendió, también, el valor de la prehistoria para comprender y actuar políticamente sobre el presente (p. LI). A su vuelta a Barcelona se inicia una etapa definida por J. Cortadella entre los años 1915 y 1930. En realidad, la preparación de esta etapa se había iniciado antes. Después de la visita de Schmidt a Barcelona en 1912, Puig i Cadafalch le propuso a Bosch que, si volvía a Berlín, a su vuelta le encomendaría un servicio de excavaciones junto con A. Duran i Sanpere y J. Colominas. Bosch tenía entonces 22 años (p. XLI). A partir de 1915 se inicia una etapa muy intensa, marcada por el deseo de conocer la primera historia nacional catalana, proyectarla y relacionarla con el entorno para justificar el sustrato federal de la etnología peninsular (p. XLI). De esta primera etapa el autor destaca el ascenso fulminante de Bosch: Doctorado en Letras y beca en Alemania con veinte años, responsable del *Servei d'investigacions Arqueològiques* con 24 años y Catedrático a los 25.

A su vuelta a Barcelona no olvidaría lo visto y aprendido en Alemania. En el curso académico de 1917-1918, y tomando como modelo las universidades alemanas, Bosch organizó el Seminario de Prehistoria en la Universidad de Barcelona (p. LXXXVII). Así mismo, la arqueología histórico-cultural que había aprendido sería la base de sus planteamientos. En esta época comienza también la proyección y reconocimiento internacional del autor. A partir de 1922 se abre, en opinión del autor, un período fundamental en la trayectoria científica de Bosch. La dictadura de Primo de Rivera le hizo politizarse (Casassas, 1989; p. LVIII). En parte, la brillantez de su carrera científica se debió a su lúcida visión de asociar el cargo del *Servei d'investigacions Arqueològiques* con su cátedra en la Universidad (p. LXII). Sin embargo, esta acumulación de cargos le conllevó también enfrentamientos con otros investigadores catalanes.

A lo largo de las páginas Cortadella va dibujando la figura humana de Bosch, un propósito que concreta en el apartado «La persona (imagen y recuerdo)», que recoge importantes testimonios de la época que hablan de su gran vitalidad física: Era «corpulento y de estatura mediana, amante del buen comer» (p. LXXXVII). Era un «hombre decidido, con tal empuje que parecía capaz de comerse el mundo» (p. LXI).

Cortadella le define como deseoso de «popularidad, alboroto y, también, algo de vanidad» (p. LIX). Un hombre que, según testimonios, «desde la adolescencia, daba la impresión de saber donde iba». En su trato «se le describe como un hombre pragmático e íntegro, buen conversador y de una extraordinaria curiosidad. Gran políglota, aunque despreocupado por las cuestiones gramaticales». En cuanto a su obra científica detalla cómo, «más que a la recogida paciente de datos, Bosch se consideraba un hombre inclinado a esquematizar, a trazar grandes cuadros, abrir caminos y sentar bases» (p. LXXVIII). Cortadella le describe como un «inigualable arqueólogo de gabinete gracias a su perfecto dominio de la bibliografía internacional» (p. CXXVI). En cuanto a sus creencias religiosas y políticas «se definía a sí mismo como cristiano ecuménico más que como católico y políticamente, como liberal, republicano y federalista pero no separatista» (p. LXXIX).

Entre 1931 y 1939 se sitúa la etapa en que encontramos al político. En efecto, y aunque antes no había destacado por su activismo político (p. LXIII), a partir de 1931 esto cambió. Con su cargo de Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Barcelona a partir de 1931, Bosch abrió una nueva etapa que le llevó a sumir importantes responsabilidades más allá de la esfera arqueológica. Así, llegaría a ser Rector de la Universidad de Barcelona entre finales de 1933 y 1939. En 1935 se incorporó a la *Acció Catalana Republicana* y, como miembro del partido, fue nombrado en 1937 Conceller de Justicia (p. LXIV).

Conocidos ya varios aspectos del exilio del investigador (1939-1974) Cortadella realiza un valioso análisis de su papel dentro de la ciencia mejicana. Examina la arqueología y antropología de este país a la llegada de Bosch y por qué motivos éste no se adecuaba a sus objetivos y prioridades. Así, «la gran paradoja de Bosch consiste en que llegó a México acompañado de una gran aureola fruto de su prestigio académico e internacional (...), lo que le permitió incorporarse a la elite de la antropología mexicana la cual, y ahí recae el problema, se sentía completamente extraña o muy poco receptiva al estudio de las problemáticas del Viejo Mundo» (p. LXXIII).

La herencia intelectual de Bosch es, también, objeto de análisis. El investigador catalán y sus discípulos «lograron consolidar los estudios de Prehistoria y Protohistoria en Cataluña, además de conectarlos con los del resto de Europa» (p. LXXXV). Se formó, así, la «Escuela Arqueológica de Barcelona, con un modelo conceptual y unos objetivos, cuya consagración llegaría con el IV Congreso Internacional de Arqueología (Barcelona, 1929) y la publicación de la *Etnología* (1932)» (p. LXXXVIII). Aunque el autor advierte que no existía una doctrina uniforme para todos ellos, Cortadella enumera algunas de las características de esta escuela, como el intento de relacionar culturas prehistóricas y pueblos históricos dentro de una visión histórica amplia, la preferencia de la difusión como explicación del cambio cultural y la valoración de las raíces prehistóricas hispánicas. Todo ello unido al esfuerzo por establecer contacto con escuelas científicas de otros países (p. XC). Definido así este grupo, sería interesante abordar, en el futuro, un estudio comparativo entre los objetivos y metodología de esta escuela y la arqueología de otras partes de España, como la realizada en Madrid por M. Gómez-Moreno o H. Obermaier.

A continuación, Cortadella expone su amplio y valioso estudio de la obra reeditada, la *Etnología de la Península Ibérica*. Su intención es lograr que el lector «pueda ir al libro no sólo sabiendo lo que va a leer sino también estimulado hacia su lectura» (p. CI). Aparecida en un momento oportuno, política y culturalmente, la *Etnología de la Península Ibérica* presentaba la Prehistoria peninsular en términos de culturas arqueológicas, no de épocas (p. CI). Las síntesis de Bosch eran «construcciones acumulativas que seguían el principio neopositivista de la yuxtaposición de datos verificados documentalmente. Había en él una obsesión por la descripción frente a la interpretación. El objetivo era elaborar secuencias de monografías progresivamente más amplias, basadas las unas sobre las otras, hasta alcanzar la gran síntesis general» (p. CII, nota al pie 321). Bosch concebía la continuidad de la cultura material como continuidad étnica (p. CIX). Creía en los principios difusionistas como forma de cambio cultural pero «desde el Neolítico a la Edad del Hierro sus planteamientos pueden ser considerados autoctonistas» (p. CX). Metodológicamente resulta fundamental el criterio tipológico de cara a definir las diferentes culturas y la adopción del «método prusiano», consistente en llevar un diario de excavaciones con un inventario riguroso, junto con un fichero gráfico (p. CXXI-CXXVI).

Las conclusiones de la *Etnologia* le llevaron a realizar una larga enumeración de pueblos que sitúa y explica en la Prehistoria. Localizó cada grupo, estudió su cultura arqueológica e intentó adscribir cada uno a cuatro grandes grupos étnicos. Para Bosch, los pueblos peninsulares permanecieron multiformes y ricos en matices incluso cuando se infiltró en ellos un elemento de unidad que los organizó (p. CXXIX). Esta interpretación despertó un gran interés político en un momento en que las Cortes discutían el estatuto de autonomía catalán. Bosch ya había expresado posturas parecidas en 1922, momento de su discurso de entrada a la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. El investigador catalán imaginó la formación de la cultura ibérica a partir de la sedimentación de las culturas prehistóricas, transformadas por las influencias fenicio-cartaginesas y griegas, con un aluvión céltico (p. CXXVIII). El estudio de la Prehistoria le llevó a elaborar su teoría sobre la dialéctica entre la España indígena y la superestructura (romanos, visigodos, árabes, austrias y borbones) (p. CXXXI).

La Historia de la Arqueología nos permite comprender, también en este caso, la importancia que nuestra ciencia ha tenido y tiene dentro de la historia de las naciones y en los orígenes de las comunidades humanas y sus sucesivas reformulaciones (Murray, 2002, 238). En opinión de Cortadella, la concepción de Bosch acerca del proceso histórico y del peso que tiene en él la composición étnica primitiva, aspectos claros en la Etnologia, era, por un lado, resultado directo de la escuela histórico-arqueológica en que se había formado y, por otro, el reflejo de la cultura historiográfica catalana. En conjunto, el estudio de esta fundamental figura que fue P. Bosch Gimpera permite acercarnos a comprender cómo se formó el edificio de la Arqueología moderna en la Península ibérica.

Bibliografía

- Casassas, J., 1989: *Intel·lectuals, professionals i polítics a la Catalunya contemporània (1850-1920). Estudi sobre les bases culturals i estratègiques del catalanisme*, Barcelona.
- Gracia, F. Fullola, J.M. y Vilanova, F., 2002: *58 anys i 7 dies. Correspondència de Pere Bosch Gimpera a Lluís Pericot (1919-1974)*, Barcelona.
- Murray, T., 2002: "Epilogue: why the history of archaeology matters", en *Antiquity* 76, Special Section, Ancestral archives: explorations in the History of Archaeology, pp. 234-238.

* * *

De los grandes estudiosos pioneros de la Arqueología española, entre la ciencia practicada en el s. XIX y el XX, José Ramón Mélida ha sido uno de los más importantes y también, tradicionalmente, objeto de escasos acercamientos. La Arqueología española de Mélida se reedita ahora en la colección de Historiadores a partir de la primera edición, publicada por la Editorial Labor de Barcelona en 1929. En el estudio preliminar, realizado por Margarita Díaz-Andreu, *Mélida: génesis, pensamiento y obra de un maestro*, encontramos una intención de globalidad, de comprender la vida y actuaciones del ilustre pionero así como de proporcionar un marco amplio que haga entendible la obra que se reedita. El objetivo principal de este estudio introductorio puede leerse al final del apartado «Bibliografía (in)completa». M. Díaz-Andreu declara, aquí, cómo su estudio se ha basado en Mélida «observándolo como metáfora para la práctica arqueológica en los finales del siglo XIX y principios del s. XX» (p. CLXXI). Estas palabras muestran claramente esta voluntad y perspectiva global de la autora, el objetivo de comprender a Mélida en tanto que maestro pero también dentro de una dinámica amplia de la Arqueología española que hace entendible su trayectoria profesional. En definitiva, se trata todo el proceso histórico de constitución y profesionalización de nuestra disciplina, el entramado de relaciones e instituciones que conformaron la Arqueología española que hoy conocemos.

El estudio preliminar se estructura en siete grandes apartados. El primero, titulado «Frente a Mélida», nos introduce al acercamiento, objetivos y prioridades de la autora. El segundo —«Un Mélida llamado Pepito»— nos descubre la infancia, entorno familiar y circunstancias de su formación hasta la Escuela Superior de Diplomática. El tercer capítulo analiza los primeros pasos de la dedicación profesional de Mélida, su entrada y ascenso dentro del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios, sus conferencias, contactos y actividades dentro de instituciones como la Institución Libre de Enseñanza, el Ateneo, la Sociedad de Excursiones, así como en otras

como la Casa de Villahermosa. Esta etapa comprende también significativos viajes como los realizados a Grecia, Turquía, París y Lisboa, que ahondarían la formación del investigador. Un cuarto apartado analiza la trayectoria de Mérida hasta alcanzar los puestos que lo consagraron. Se analiza, así, su actuación dentro de las Reales Academias de Bellas Artes de San Fernando y de la Historia, su dirección del Museo de Reproducciones Artísticas y del Museo Arqueológico Nacional y la llegada a la cátedra en la Universidad de Madrid. Destaca, en este apartado, su preocupación respecto al patrimonio histórico español. La autora examina el fenómeno del elginismo, y la labor de Mérida en la consiguiente creación de Comisiones, así como en el proceso de elaboración de leyes que frenasen la exportación ilegal de bienes y monumentos arqueológicos, artísticos y arquitectónicos. Su trayectoria profesional amplia se completa también con la presidencia de organismos como la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria (SEAEP). Una última actuación significativa en la trayectoria profesional de Mérida fue, sin duda, su labor en el IV Congreso Internacional de Arqueología de Barcelona.

Un quinto apartado está dedicado a examinar la teoría y la práctica arqueológica en la obra de Mérida, prestando una especial atención a la influencia del positivismo en sus obras, el idealismo nacionalista y su convicción respecto a la necesidad de hacer catálogos. Igualmente ilustrativo resulta analizar la evolución del investigador respecto a los períodos y culturas a las que se dedicó, desde su primera atención por Egipto, hasta su mayor inquietud por las antigüedades peninsulares destacando aquí su dedicación al Cerro de los Santos y Numancia. A continuación, en el capítulo sexto, se evalúan las consecuencias de esta *Arqueología española* de Mérida. Desde su significativo y pionero papel como manual hasta la repercusión de la obra en citas posteriores. Se intenta, así, establecer la influencia que habría tenido en su generación y en otras posteriores. El estudio preliminar finaliza mediante una nota a la edición, un apéndice, una bibliografía y un índice que la autora considera de gran importancia para los estudios historiográficos (p. XVIII). El apéndice es el programa de la asignatura Concepto e Historia del Arte para la Escuela Central de Artes y Oficios, que fue presentado por Mérida para su oposición a cátedra en 1896. Nos desvela, así, los aspectos considerados por él más significativos. La bibliografía, que anuncia (in)completa, constituye una recopilación muy valiosa en este autor de obra tan dispersa.

En este estudio destacan varios aspectos significativos. Por una parte, el firme empeño de conocer a Mérida como persona, una cuestión que intuimos desde el mismo título del Capítulo I —Frente a Mérida—, como en los intentos de recrear el ambiente familiar, sin duda propicio, en que se educó el joven Mérida, Pepe o Pepito. Para comprender a la persona hay que tener en cuenta aspectos sobre los que la autora ha ahondado como las aficiones y obras literarias del joven Mérida y el intento de convertirse en escritor (p. XX).

Indicativo también de la diversidad de campos que atendió el nuestro resulta la elaboración de un *Vocabulario de términos de arte escrito en francés por J. Adeline. Traducido, aumentado con más de 600 voces y anotado por José Ramón Mérida*, que la autora relaciona con la voluntad de popularizar la ciencia, cuestión que considera una constante en la trayectoria de Mérida y que le llevará, incluso, a la redacción y publicación de la *Arqueología Española* (p. XXXIX). Así, pues, M. Díaz-Andreu sitúa la génesis de esta obra en el empeño de dar a conocer, de manera sintética y global, el estado de los conocimientos sobre la Arqueología en España. Esta actitud creemos que se entiende dentro de un amplio movimiento de la época (Sánchez-Ron, 1996) que se plasma en instituciones como la *Asociación Española para el Progreso de las Ciencias*. En el fondo, esta actitud regeneracionista remite a la voluntad, acrecentada tras la crisis del 98, de conocer mejor las raíces de España.

La importancia de la *Arqueología española* aparece en su plenitud si comprendemos la anterior ausencia de obras similares o manuales. En el mismo año de su edición se celebraba, también en Barcelona, la Exposición Universal y el IV Congreso Internacional de Arqueología. Un año, pues, lleno de logros y de planificación de proyectos que, en gran parte, quedarían después truncados.

La reflexión y análisis de la autora aparece a lo largo de la obra en varios temas significativos. En primer lugar, destaca el papel del clientelismo en la arqueología española, un asunto que considera central y que reaparece a lo largo del libro. El clientelismo o sistema de cooptación por el que se accede a la carrera investigadora o institucional se regula, según la autora, en función de la fidelidad del candidato a los deseos del superior y no

necesariamente en función de su calidad docente o investigadora. En su amplia reflexión sobre el tema, la autora incluye la dimensión de las estrategias seguidas por el «cliente» a la hora de elegir al que será su patrón (p. XV). El funcionamiento de este sistema clientelar se encontraba presente, en realidad, en todos los aspectos institucionales del Estado (p. XCII). Basado en las relaciones de dependencia personal creadas entre el patrón y el cliente, este sistema es visto como una de estas continuidades del Antiguo Régimen en la cultura española. La acción del «patrón» era clave hasta el punto de considerar cómo, si la protección de Juan de Dios de la Rada y Delgado no hubiera sido efectiva, Mérida se habría dedicado a otro mundo alejado de las antigüedades (p. XXXIX).

Dentro de esta dinámica del clientelismo M. Díaz-Andreu sitúa la relación entre J. R. Mérida y M. Gómez-Moreno, que califica de «intuida creciente enemistad» (p. XCVI) y que, en último término, sería la causa de que Mérida no entrase en el círculo del Centro de Estudios Históricos, esfera de actuación de Gómez-Moreno (Rodríguez, 2002). El posible origen de esta relación difícil estaría, según la autora, en el proceso que se abre tras el fallecimiento de Juan Catalina y García en 1911 y su cátedra vacante, que iba a permitir la entrada en la Universidad de A. Vives, J. R. Mérida y, tras presiones de E. Tormo para que se creara la cátedra de Arqueología Árabe, de M. Gómez-Moreno.

Bajo esta perspectiva se analiza también los supuestos discípulos de Mérida: B. Taracena y A. García y Bellido. M. Díaz-Andreu pone en cuestión esta relación de maestro-discípulo y atribuye la negativa de los alumnos a convertirse en discípulos de Mérida a la estructuración de la Arqueología a partir de 1907. Con la creación de la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas se habían favorecido ciertos organismos, como el Centro de Estudios Históricos, y provocado cierta exclusión de otros investigadores no incluidos en ciertos círculos. Entre éstos últimos se habría encontrado Mérida. En conjunto, la perspectiva del clientelismo que la autora analiza con profundidad constituye una vía susceptible de mayores investigaciones en el futuro, con vistas a dibujar las relaciones personales que, sin duda, influyeron notablemente en la arqueología española.

Encontramos también el necesario análisis epistemológico de la obra de Mérida, así como su principal ocupación respecto a ciertas culturas y períodos y no otros. Su mayor influencia foránea vendría, al igual que para otros investigadores de la época, de Francia. El positivismo francés conllevaría que Mérida abogase por una toma escrupulosa de los datos a partir del original y el desarrollo de una metodología diferente a la retórica dominante en el s. XIX. Esta voluntad era, como se ha señalado, compatible con planteamientos o pretensiones nacionalistas. Así, los hechos investigados podían integrarse en un preestablecido esquema nacional (Jover, 1999, 278).

Lejos de centrarse tan sólo en los logros o cargos detentados es acertado que el estudio analice también los caminos truncados, sus intentos, por ejemplo, dentro de la Institución Libre de Enseñanza o el Ateneo de Madrid. Estos intentos fallidos cambiarían a partir de principios del s. XX: hablando de las condecoraciones recibidas por Mérida, la autora señala cómo el investigador «tuvo en esto, como en casi todo, suerte a partir del cambio de siglo». (p. LXXVIII). Todos sus intentos, logrados o fallidos, configuraron la personalidad, relaciones y obra de esta interesante figura de la arqueología española. Con su estudio introductorio, M. Díaz-Andreu nos descubre y analiza, en profundidad, la personalidad y obra de J. R. Mérida y, con ello, aporta nuevas perspectivas en el análisis de un importante período de nuestra historia como disciplina.

Bibliografía

- Jover Zamora, J. M., 1999: "Corrientes historiográficas en la España contemporánea", en Jover Zamora, J. M., *Historiadores españoles de nuestro siglo*, pp. 25-272, Madrid.
- Rodríguez Mediano, F., 2002: *Pidal, Gómez-Moreno, Asín. Humanismo y Progreso. Romances, monumentos y arabismo*, Tres Cantos.
- Sánchez Ron, J. M., 1996: "Aproximación a la historia de la ciencia española contemporánea", en VV.AA., *El CSIC. Medio siglo de investigaciones*, pp. 20-40, Madrid.